

Editorial



Entre el cerro de la Reina, cerro Viejo, el bosque de la Primavera y la barranca del río Grande de Tololotlán les escribimos. Según nuestros planes, hace más de 6 meses íbamos a publicar el siguiente número de La Maraña. Sin embargo, nos fuimos retrasando y dejando que el tiempo pasara. Principalmente porque nos costaba mucho vernos a quienes somos y hacemos La Maraña. Como lo dijimos en la primera editorial, queremos hacerla desde el goce, el placer por encontrarnos con lxs amigxs, construyendola en colectivo, entre discusiones y risas. Nunca desde una militancia sacrificada.

En ese contexto nos sorprende la detención de Shevek. Varios de lxs colaboradorxs lo topamos, es nuestro compa, lo amamos, por lo que nos afecta aún más la privación de su libertad. Eso nos motivó a sacar la siguiente edición, ahora enfocada en el Shevek, buscando generar algunos fondos para apoyar a su proceso y sumar a la agitación, exigiendo su libertad inmediata. Otro gran impulso fue ver a toda la banda accionar de distintas formas ya sea con dibujos, rifas, talleres de grabado, de agricultura, de movimiento, collage, fanzines, serigrafía, flashes, música, notas periodísticas... no estás solo amigo, no estamos solxs.

Nos propusimos sacar este número con casi todos los textos que ya teníamos, de temas diversos, de diferentes perspectivas, que es como hemos propuesto y caminado en este proyecto. La perspectiva anárquica de forma abierta sin cerrar en un ismo o perspectiva particular, aprendiendo de las diversidades ácratas.

Consideramos que algo que une a todas las perspectivas teóricas y prácticas ácratas es obviamente la libertad; por lo tanto, la lucha anticarcelaria. Buscamos apoyar en la liberación de Shevek, exigir su libertad, desde la agitación y la propaganda, pero también desde la lucha legal que se está dando y que requiere un montón de dinero.

Aprovechamos para denunciar a las universidades públicas, en este caso a la UNAM, quienes mandaron a sus porros a golpear a lxs compañerxs en el FES Acatlán, señalando como responsables a las víctimas de la agresión.

Estas prácticas son añejas en la UNAM y se comparten en todas las universidades del país. Espacios que, se supone, promueven la libertad de expresión y la diversidad de ideas terminan siendo un núcleo de producción intelectual del capitalismo y sus prácticas de dominación. Otro caso muy claro fue el de la UDG quienes no toleran la más mínima organización estudiantil fuera de los tentáculos del grupo en el poder. Buscando controlar a los estudiantes con la Federación de Estudiantil Universitaria, que no representa a nadie más que los intereses políticos de la mafia universitaria, siendo un trampolín político para la nueva generación de lacras que buscan el poder.

Las universidades públicas, que viven del dinero de lxs trabajadorxs, solo sirven para fortalecer el proyecto civilizatorio de la modernidad desde la intelectualidad, actuando como los estados represivos hacia cualquier muestra o acción en contra de su dominación.

Exigimos la liberación de nuestro compañero

Arturo Lugo Macías

¡Libertad para los presos políticos!

Todo lo recaudado por este fanzine será para apoyar la liberación de Shevek



Libertad para Arturo Lugo Macías “Sheveck”



México, domingo 11 de enero de 2026

Dirigido a la sociedad en general...

La mañana del 8 de enero de 2026, a las 8:25 horas, nuestro amigo Arturo Lugo Macías (Sheveck) fue detenido por agentes de la Fiscalía General de la República (FGR). Se le imputan cargos de “daños a la propiedad y agravante de pandilla” en relación con los hechos ocurridos el 5 de abril de 2020 en las instalaciones de la Facultad de Estudios Superiores (FES) Acatlán, un plantel periférico de la Universidad Nacional Autónoma México (UNAM) ubicado en el municipio de Naucalpan.

Reconstrucción de los hechos.

Antecedentes

Para entender lo sucedido hay que contextualizar el ambiente de violencia de género e institucional al que se enfrentan y enfrentaban por aquel entonces estudiantes de la UNAM. Las instalaciones de la FES Acatlán han sido un escenario en que se opera de manera constante la violencia de género, incluso se ha encubierto en diversas ocasiones —descaradamente— a acosadores, entre los que se cuentan profesores y altos funcionarios de la universidad; a esto hay que sumarle un ambiente general de inseguridad y de represión a cualquier disidencia estudiantil. En este clima, Argüenderas y Revoltosas, un colectivo de estudiantes organizadas, exigió a la institución educativa protocolos de seguridad y acciones concretas para garantizar un espacio seguro para estudiantes, incluyendo consecuencias dirigidas a los perpetradores de diferentes tipos de violencia de orden sexual. Sin embargo, sus demandas no fueron escuchadas ni hubo disposición al diálogo por parte de la institución.



Un acto de protesta

La legítima indignación movilizó a las estudiantes y el 10 de marzo del 2020 exigieron contundentemente un alto a la violencia sexual. Como acto de protesta, realizaron la ocupación de un espacio en el edificio 6 de las instalaciones de la Facultad, el cual había sido anteriormente ocupado en 2014 como respuesta al crimen de estado cometido contra normalistas de la escuela normal Raúl Isidro Burgos de Ayotzinapa. La recuperación del espacio, a manos de las compañeras, tenía la intención de brindar un refugio seguro para aquellas personas violentadas física, sexual y psicológicamente, además de propiciar la organización estudiantil de corte feminista.

Llegada la pandemia de COVID-19 las compañeras se mantuvieron firmes resistiendo en este espacio. A ellas se sumaron un par de compañeros de un espacio estudiantil anarquista, conocido como Kubo 906, entre ellos Arturo Lugo, quienes en solidaridad acompañaron esta ocupación.

Violencia institucional

No fue sino hasta la madrugada del 5 de abril de 2020 que las y los compañeros fueron víctimas de un ataque violento (calificado como tortura por varios testimonios de los ahí presentes) por parte de un grupo paramilitar que ingresó a la fuerza en ambos espacios ocupados. Primeramente, el grupo paramilitar (conformado por entre 7 y 10 hombres que portaban vestimenta táctica, pasamontañas, chalecos antibalas, tubos, palos, un pico y armas de fuego, así como galones de gasolina) se dirigió al edificio 9, al Kubo 906, donde golpearon, humillaron y torturaron a dos estudiantes. Al compañero que se encontraba dentro del espacio lo golpearon a tal grado de romperle la mandíbula y dejarle varias heridas abiertas en la cabeza, mientras a la compañera que se encontraba con él, la violentaron sexual y físicamente. Posteriormente, el mismo grupo paramilitar se dirigió al espacio ocupado en el edificio 6, y atacó brutalmente a las compañeras al prender fuego a las puertas del cubículo para forzar su entrada. Una vez adentro, cercaron y golpearon con fuerza a los estudiantes, principalmente a Arturo Lugo, quién ya había recibido varias quemaduras al intentar apagar el fuego que entraba por debajo de la puerta. En medio de esta agresión, varias compañeras fueron agredidas sexualmente. Cabe decir que durante el ataque, los agresores pronunciaron frases como: "... por eso las violan y las matan, por vergueras" y "Esto es un mensaje de Erasmo", en alusión a Erasmo González Castro, entonces jefe de vigilancia de la FES Acatlán, con un historial de agresión y represión contra estudiantes. Finalmente, los agresores, después de varias amenazas y mencionar explícitamente que el embate se fraguaba gracias a "Erasmo y

los puesteros", se retiraron al lanzar disparos al aire con las armas de fuego que portaban.

Derivado del incidente, Arturo sufrió quemaduras de tercer grado, mientras las compañeras del cubículo del edificio 6 fueron agredidas física y sexualmente. Sin olvidar a las dos personas que fueron previamente agredidas en el Kubo 906, uno al que la golpiza propinada casi le cuesta la vida. Y no fue sino hasta después de un incendio del edificio de gobierno de la Facultad, del que las autoridades presumen la participación de Arturo, que bomberos y ambulancias del Estado de México llegaron a la Facultad para prestar sus servicios. La atención médica valoró de gravedad a dos de los compañeros que presentaban golpes, heridas y quemaduras, incluido el mismo Arturo. Al salir en las ambulancias, las estudiantes señalaron que en el estacionamiento de la FES se percibían aproximadamente 6 patrullas y que de una de ellas bajó el propio Erasmo González Castro, jefe de vigilancia de la FES- A.



Detención

Posterior al incidente, inició un proceso de persecución política y legal hacia tres estudiantes que fueron identificados por las autoridades de la FES-A como perpetradores del incendio, incluso apelaron a detenciones extrajudiciales, pues al menos uno de los compañeros implicados, sufrió un intento de secuestro en su propio domicilio. Y gracias al alcance en los medios de comunicación y apelando a su “prestigio académico”, la UNAM logró manipular los hechos centrando su discurso en el daño sufrido a su propiedad y no en los diferentes tipos de agresiones que por poco y cuestan la vida de los y las estudiantes que ocupaban los espacios estudiantiles esa madrugada.

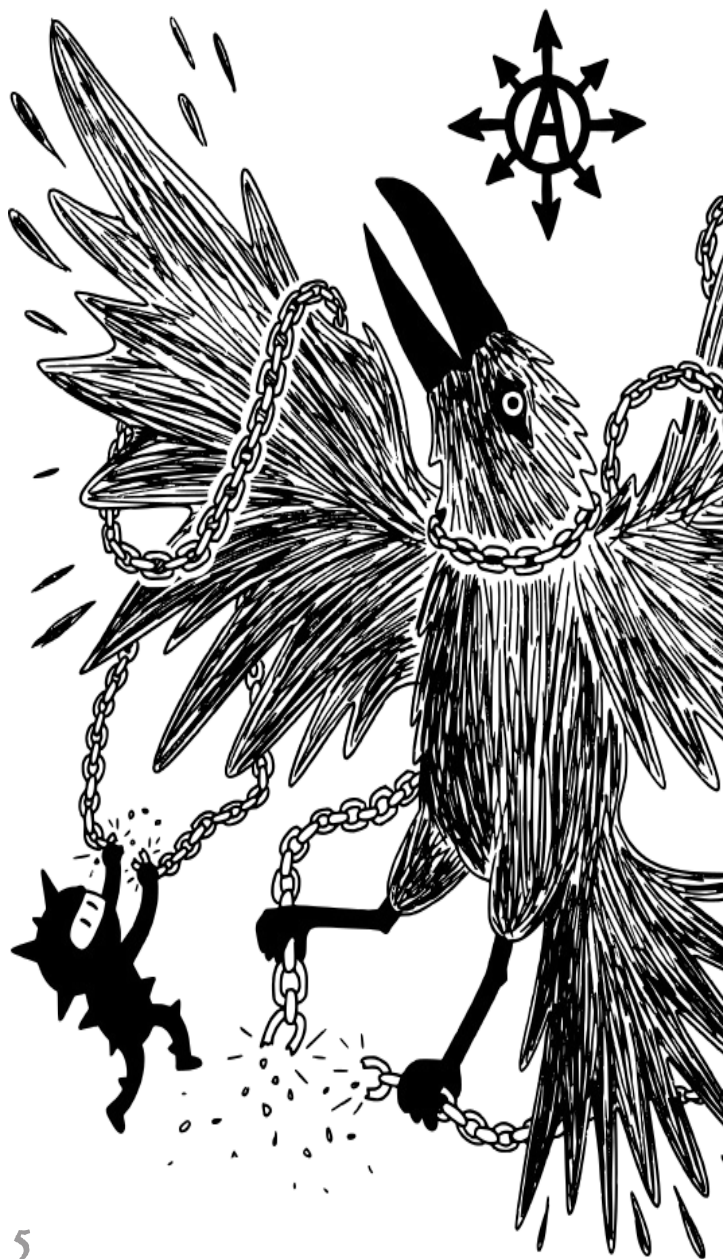
Exigencias

La persecución política contra Arturo y las jóvenes estudiantes de ese 5 de abril es una prueba fehaciente de la irresponsabilidad criminal de las autoridades de la FES- A, quienes además intentan reiteradamente castigar los diferentes tipos de protesta que se desarrollan al seno de la comunidad estudiantil.

Debido a lo cual, nos parece que la institución educativa debe hacerse responsable por los hechos cometidos a manos del grupo paramilitar, determinar actores intelectuales de los hechos y retirar los cargos judiciales en contra de Arturo, solo como una serie de medidas congruentes de una institución que se jacta de velar por su comunidad estudiantil.

Por ello es que pedimos máxima difusión; que este caso se divulgue por todos los medios de información y no permanezca en la ignorancia de la sociedad para que no se convierta en otro precedente de la represión sistemática contra los individuos que se organizan y protestan de manera colectiva.

¡Exigimos la libertad inmediata de
nuestro amigo Arturo Lugo!
¡Sheveck a las calles YA!



Realismo policiaco. *Cuando lo público te priva de tu libertad*



*en vez de “No salí en listas para entrar a la universidad”
di muera la policía. No digas “éste es un espacio público”, di libertad
para los presos políticos pero después, inmediatamente después,
di muera la policía*
SEAN BONNEY

*Si, para verlo, tienes que pasar
por un detector de metales, es público.*
BEN LERNER

I.

¿La cárcel es pública? Sí, contesta la IA de google.

Aunque desde hace décadas es un negocio privado principalmente para los gringos, pero el modelo no deja de exportarse al resto del mundo, en México Grupo Carso invierte en el sistema penitenciario, y marcas como la ropa de la familia Guzmán Loera usaban fuerza de trabajo de la población carcelaria.

Sean Bonney demandaba al poema dar nombre a la tarea específica del momento, en esa búsqueda él mismo llamó “realismo policiaco” al lenguaje que organiza el mundo con la seguridad militar como principio de realidad que trata de arrojarnos al armónico y gris miedo absoluto, y así reducirnos a huesos cancelados. Pero afortunadamente, nos repite Fisher, ninguna pretensión de realismo agota la realidad.

Roberto Juarroz piensa “que la única forma de reconocer la realidad y recibirla, de ser realidad, es crearla”: un acto poético. No se preocupa si es realista la poesía, sabe que “la poesía crea más realidad, agrega realidad a la realidad, es realidad”. Por eso la poesía es el mayor realismo posible. Y este realismo poético implica la disponibilidad del pensamiento hacia

cualquier cosa que pueda darse en la realidad, incluso fuera de la lógica, la razón o el sistema.

Si al final de cuentas el capitalismo es un estado alterado de conciencia, el delirio y la paranoia resultan un método congruente de interpretación de la realidad. En respuesta al realismo policiaco, la poesía de Bonney produce la paranoia de sentir que al cielo le salieron ventanas vigilantes, pero también el delirio de ver en las constelaciones encendidas barricadas. Se trata del poema como anfetamina, del poeta visionario y adicto, despierta y alucina.

*La poesía, para qué sirve / Yo quisiera
una respuesta / Desde el terror
Paralizado. Quiero escucharla / De
quienes apenas pueden respirar
No de ustedes cosas muertas*
SEAN BONNEY

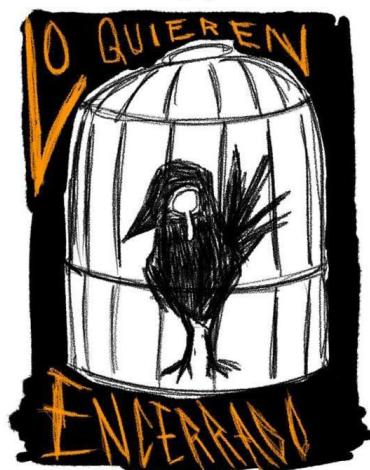
Y pregunto si hay poemas de terror. ¡Sí, claro que hay poemas de terror!, me responde ya en tono paternalista la IA, luego sigue con Poe, Villaurrutia y otros lugares comunes. No dice nada —ya aprenderá— de la *Poesía Completa* de Paul Celan, o la poesía documental, la de Charles Reznikoff por nombrar uno,

o cualquier verso palestino que testimonie la ocupación genocida del sionismo. Pero hay un poema de Susana Thénon que se llama “-¿dónde está la salida?” y me parece aterrador. En él una mujer busca el modo de llegar a la calle desde una sala de concierto, no puede usar la entrada porque está cerrada desde las diez, al impedirle salir pregunta por un teléfono. ¿Para qué? Para llamar a la policía, dice; “esto es la policía”, le responden. Y depende del comisario en turno, si la saca barata “en menos de unos días está afuera”. Los otros asistentes al concierto ya fueron llevados al primer subsuelo, al sector de confinados, ¿pero no era acaso una sala de conciertos? Claro, “eso hasta cierta hora después es la policía”, qué resulta extraño entonces, “no me diga que nunca fue a un concierto”.

Siéntate, permanece de pie, acuéstate, mira, escucha, guarda silencio. Cualquier verbo puede servir como forma de tortura, decía un preso político de la dictadura uruguaya, es cuestión de tiempo, cuánto dura. Porque a los lugares de intensificación de la violencia y el daño social al que se confinan segmentos de la población condenados a la muerte prematura, “geografías carcelarias” les llamó Ruth Wilson Gilmore. Pero el “complejo industrial-carcelario” que estudia esta pensadora no se completa sin una temporalidad: el horario arbitrario del poema de Thénon, al que llanamente llama policía, y cualquier lugar puede transformarse en ello. La música, la salud, el ritmo del corazón, el juego, todo lo acecha, de eso se trata el realismo policiaco, “la cárcel como proyecto básico de construcción de Estado” (Gilmore). En tiempos en que los cuerpos pierden su reloj biológico pero las alarmas no dejan de gritar, el poema de Susana Thénon además de perturbador es valioso porque explicita que la libertad no sólo es un lugar, es un tiempo sin horario.

II.

¿Las calles son públicas? Sí, dolorosamente, y no sólo, como advierte Manuel Delgado, el espacio público ha fagocitado la calle. Se cumplió el sueño fascista del padre de la arquitectura moderna, “Las calles no deben seguir existiendo; hay que crear algo que sustituya a las calles”. Le Corbusier entendía perfectamente que el urbanismo es una gran operación financiera, y la idea de espacio público no es más que la extensión lógica de la propiedad privada:



“Significa, para el Estado, ganar millares de millones (...) La calle ya no existirá (...) ¡Nos da asco al fin y al cabo!”. Si bien las horas muertas del “tiempo libre” se han llenado de espacio público para el entretenimiento y consumo de las clases medias, la frase *la calle es libre* —siempre y cuando sea para estacionar su bien privado en el suelo común, con optimismo desenfrenado y calculada conveniencia, diría Gilmore— sigue siendo uno de sus latiguillos más crueles sobre la carne de las personas que habitan en la calle, quienes como impuesto a la pobreza son levantadas y torturadas bajo el gozo policial y ciudadano.

III.

¿La universidad es pública? Sí, por eso su carácter de separo o celda preventiva donde las autoridades promueven la violencia sexual, o incluso ha llegado a ser patíbulo y sala de tortura cuando se permite a comandos parapoliciales ingresar y atentar contra la vida de la comunidad estudiantil, es decir, con una frecuencia demencial.

Este texto no tiene autoría alguna. Como decía Foucault, la figura de autor es una categoría policial. Sólo sirve para que te metan preso. O para erigirse en autoridad, nada más lejos del deseo. Necesario apéndice:

¿Otra vez *figuras y figurillas*? Sí.

En un capítulo del Reportaje al pie de la horca, Julius Fučík pide recordar siempre las figuras discretas de los justos que han sabido cargar con el trabajo de la liberación. Pero pide también no olvidar los nombres de las burdas figurillas de uniforme que ponen diques a la libertad, “vivientes en su infamia, en su imbecilidad, en su crueldad y

en su ridículo, porque es un material que nos servirá para el futuro”. Aquí, algunos de esos nombres, los obvios, apenas tres o cuatro:

Leonardo Lomelí Vanegas y Benjamín Barajas Sánchez: Rector del Sistema Penitenciario de la Universidad Nacional Autónoma de México, y Director Penal del Colegio de Ciencias y Humanidades, respectivamente. Se nombra a este par de delinquentes comunes sólo para evidenciar que están en la actual cabeza visible del complejo escolar carcelario que debe retirar los cargos contra Arturo Lugo Macías.

Manuel Martínez Justo, ex Director de la FES Acatlán. Además de las múltiples denuncias de violencia sexual durante su cargo, trascendió que este secuestrador habría pedido cuatro millones de pesos al padre de una alumna privada de su libertad sobreviviente de los ataques paramilitares del 5 de abril de 2020, mismo ataque en el que Arturo Lugo Macías sufrió quemaduras de tercer grado.

Erasmus González Castro, ex Jefe del Departamento de Vigilancia de la FES Acatlán. Era el jefe de la plaza, presunto autor intelectual del atentado contra Arturo y sus compañeros. Este criminal ya está muerto pero, como dice Sean Bonney, el policía vivo y el policía muerto son la misma peste.

En vez de “las calles son nuestras”, di muera la policía. No digas “Todos los policías son bastardos”, di Libertad inmediata para Arturo Lugo Macías, Shevek.

Sabemos que las prisiones no son otra cosa que la culminación de este desierto que se extiende a todas partes.

Sabemos que la indiferencia de este desierto es más peligrosa que las rejas donde encierran a los animales más libres.

Pero cuando el desierto lo es todo ya no queda a dónde desertar.

No hay civilización sin nomadismo y en sus márgenes habremos de incrustar nuestras espinas, el triunfo de la metrópoli es la proliferación de los salvajes debajo de sus monumentos, sus panópticos y su ingeniería civil y social.

No queda más que hacerse imperceptible, hacer de nuestro nomadismo impredecible la flecha envenenada de nuestro mundo contra el suyo.

Aún tenemos la certeza de poder hacer crecer un oasis de nuestras lágrimas, hacer brotar los árboles allí donde no quedan más que rocas, de poder subir a la duna más alta y proclamar nuestra verdad, la verdad de la comuna: que nos enfrentaremos juntas al mundo y alzaremos nuestras manos al cielo con el corazón en llamas, aullaremos nuestros nombres, haremos colapsar los muros de sus prisiones y de la sociedad que las imita aún fuera del encierro haremos un amargo recuerdo a conjurar.

Sabemos que nuestras armas son más hermosas y que con nuestras llamas apagaremos el infierno. Nos encontraremos en nuestra conspiración invisible, la de los anarquistas de Anarres.

El ayer arde: Pasados en disputa

Arnoldo David Díaz Tamez (@criticayaccion)



En tiempos donde las ruinas del capital se camuflan como progreso y la historia oficial se presenta como una secuencia inevitable hacia la modernización, es legítimo preguntarse: ¿qué puede hacer la historia para quienes no han sido sus protagonistas? ¿Qué posibilidades ofrece para los barrios, los pueblos y las colectividades que resisten sin reconocimiento institucional ni archivos oficiales?

La historia, tal como la hemos aprendido, ha sido escrita desde arriba. Sus protagonistas han sido caudillos, empresarios, presidentes y batallas. Las cronologías estatales la han llenado de fechas cívicas, monumentos y héroes domesticados. Mientras tanto, las experiencias de quienes resistieron el despojo, sostuvieron la vida o imaginaron otras formas de organización apenas figuran como notas al pie, como excepciones pintorescas o como excepción dentro de los muros de la academia. El anarquismo, al proponer una crítica radical al poder, también nos obliga a repensar la historia desde los márgenes, no sólo como nostálgica anécdota, sino como práctica transformadora: cómo se hace, quién la hace, para qué y con qué consecuencias.

Una historiografía crítica y libertaria no puede limitarse a oponerse a los grandes relatos. Tampoco puede quedar atrapada en la denuncia permanente de la historia oficial. Necesita construir sus propios métodos, sus propias formas de hacer y compartir memoria. No se trata únicamente de rescatar lo olvidado, sino de

entender la historia como una herramienta para la acción colectiva. Esto implica una apuesta por una historia situada, que parta de las experiencias concretas de los territorios y las personas que la viven; una historia que no sea propiedad de los especialistas, sino parte de los procesos organizativos y pedagógicos de las comunidades.

Por ejemplo, Monterrey -mi ciudad- ha sido representado como ejemplo de desarrollo industrial, cultura del trabajo y éxito empresarial. Pero más allá del discurso oficial, hay otras historias: múltiples huelgas a lo largo de su historia, las tomas de tierra autogestionadas, las luchas por el agua, la organización vecinal frente a la especulación inmobiliaria, la radicalización del estudiantado que da pie a la guerrilla, la politización del punk, entre otros ejemplos. Estos acontecimientos no son sólo fragmentos locales: son ejemplos de cómo los sectores populares han disputado el espacio urbano, el acceso a los recursos y el derecho a narrarse desde su propia voz. Historiar estos procesos no es un ejercicio de nostalgia, sino de reconstrucción de herramientas de lucha.

Desde esta perspectiva, la historia no debe ser una especialidad académica distante, sino un saber compartido y útil. Muchas veces, las comunidades ya hacen historia sin llamarla así: cuando recuerdan colectivamente un desalojo, cuando registran las transformaciones del barrio en un mural, cuando comparten anécdotas sobre lo que fue una fábrica cerrada o una plaza defendida.

El papel de quienes investigamos desde una posición crítica no es apropiarse de esos saberes, sino colaborar en su sistematización y difusión desde una lógica horizontal, reconociendo la autoría colectiva y el valor político de la memoria.

Este enfoque también nos obliga a cuestionar las prácticas del gremio. ¿Para qué investigamos? ¿Quién accede a nuestros textos? ¿Cómo circulan nuestros hallazgos? En lugar de producir textos para ser citados en congresos, una historia desde abajo debería preguntarse cómo contribuye a fortalecer redes comunitarias, a generar procesos de reflexión colectiva, a recuperar el sentido del territorio y a imaginar futuros no subordinados al capital. Esto no implica renunciar al rigor, sino cambiar de prioridades. El archivo puede ser la calle, el testimonio, el rumor, la bitácora de una asamblea. El texto puede ser un mural, un podcast, un recorrido, una cartografía barrial.

El trabajo histórico no se limita a recuperar el pasado, sino que permite intervenir en el presente. En contextos donde la gentrificación, la privatización de los servicios y la criminalización de la protesta avanzan bajo discursos de modernidad, las memorias colectivas se convierten en espacios de disputa. Nombrar lo que ocurrió, recordar lo que se perdió, contar cómo se resistió, son formas de desmontar las narrativas hegemónicas que legitiman el despojo. Pero también son formas de construir identidad, de fortalecer vínculos, de activar la imaginación política.

Una historia libertaria no puede buscar reemplazar una versión oficial por otra versión “de los de abajo”. Su valor no está en ofrecer una

“verdad alternativa”, sino en abrir preguntas, generar diálogo, incomodar certezas. Es una historia en movimiento, que no se fija en archivos cerrados, sino que se actualiza en cada conflicto, en cada acto de resistencia, en cada encuentro entre generaciones. Es también una pedagogía, porque no se limita a narrar lo que pasó, sino que enseña a leer el presente con otras claves y a reconocer las continuidades del poder, la explotación y la exclusión.

Por ello, el pasado no es sólo objeto de estudio: es campo de disputa. Si no lo recuperamos, lo hará el Estado, la empresa o la academia servil, y nos lo devolverán empaquetado, convertido en folclor o en narrativa cívica. Frente a eso, la memoria activa se convierte en un terreno estratégico. No como un santuario donde idealizar las luchas, sino como una caja de herramientas para la organización actual.

Esta propuesta no es definitiva ni cerrada. Está en construcción, como todo lo que se hace desde abajo y entre muchas manos. Pero se sostiene en una convicción clara: la historia no es un lujo cultural, ni una obligación escolar. Es una forma de reapropiarnos del tiempo, de entender cómo llegamos hasta aquí y de trazar caminos posibles para salir del encierro. En contextos donde la desesperanza es producida activamente, recordar colectivamente es también una forma de cuidado.

El ayer arde, sí. Pero no como ruina o catástrofe, sino como brasas que pueden reencenderse. En esas brasas hay nombres, gestos, canciones, estrategias. Nuestra tarea no es conservarlas intactas, sino acercarnos, compartir el fuego y seguir caminando.



“No es solo una banqueta, es una barrera a mi libertad”

Ana Sofía Pérez Soltero



Al enfrentarme a esta banqueta, como persona con discapacidad, me invade una sensación de peligro constante. Cada obstáculo: las piedras sueltas, la basura, los desniveles se convierte en una barrera que me recuerda que la ciudad no está pensada para mí. No solo temo caer o lastimarme, también siento una profunda frustración por la indiferencia reflejada en cada rincón descuidado.

Moverme por este espacio se vuelve una tarea desgastante, llena de ansiedad. Cada pequeño avance es una lucha, no solo contra los obstáculos físicos, sino contra la invisibilidad que estas condiciones reflejan. Me hace sentir que mi derecho a la movilidad, a la autonomía y a una vida plena es ignorado.

La falta de accesibilidad no es un detalle menor: es una forma de exclusión diaria que limita mis oportunidades de estudiar, trabajar, convivir o simplemente disfrutar del espacio público. Más allá de la inseguridad física, esta banqueta deteriorada me transmite un mensaje doloroso: que mi presencia en el espacio urbano no ha sido considerada.

Cada vez que encuentro un sitio así, siento que el entorno me empuja a depender de otros, a resignarme o incluso a evitar salir. Pero no quiero vivir resignándome. Quiero una ciudad que entienda que la accesibilidad no es un favor, es un derecho fundamental. Caminar la ciudad nunca ha sido tan sencillo como suena. Para muchos, salir a la calle es parte de la rutina; para mí, es una coreografía

pensada, planeada, y muchas veces frustrante. Me llamo Ana Sofía y tengo una discapacidad motriz. Uso silla de ruedas desde que era bebé. Para mí, “caminar” la ciudad implica rodar con cuidado entre banquetas rotas, rampas mal hechas o inexistentes, y la constante sensación de que esta ciudad no fue pensada para mí. Pero aún así, salgo, miro, y escucho. Porque en sus muros, Guadalajara también grita, y yo, desde mi silla, también tengo algo que decir.

Cuando conocí el proyecto Caminar la ciudad, no solo vi fotografías; vi pedazos de mi día a día. Las paredes que otros fotografiaron son las mismas que yo he observado desde abajo, desde mi altura, desde mi perspectiva que muchas veces es ignorada. Leí frases escritas con rabia, con tristeza, con dignidad: mensajes que decían “nadie va a pensar en ti mejor que yo”, “niñas no”, “nos están olvidando”. Y pensé: ¿Quiénes son ese “nos”? ¿Estamos también los que usamos bastón, muletas, sillas? ¿Están nuestras voces en esos muros?

El recorrido se realizó en algunas calles del centro de Guadalajara, una zona que, como bien se dijo, se siente abandonada, insegura, triste. Y sí, lo es. Yo he sentido ese abandono muchas veces cuando intento cruzar una calle sin semáforo peatonal o cuando tengo que bajarme de la banqueta porque alguien decidió poner una maceta donde debía haber una rampa. La gente te mira, algunos con lástima, otros con incomodidad, y la mayoría simplemente no te ve. Lo más pesado no es la silla; es la indiferencia.

En el recorrido urbano que muestra la exposición, también se habla de la gentrificación. De cómo dos colonias, divididas por una avenida, pueden tener realidades completamente distintas. Yo he sentido esa frontera en la piel. En una colonia, hay calles lisas, limpias, con rampas bien hechas, espacios peatonales amplios, cafés donde puedo entrar. Cruzando la avenida, las banquetas son un campo minado, los negocios tienen escalones imposibles, y la ciudad me dice, sin hablar, que ahí no soy bienvenida. Esa división no es solo económica o estética; es humana. Es una barrera que separa quién puede habitar la ciudad y quién apenas puede tolerarla.

Ver estas fotos me hizo pensar en cómo las paredes, al llenarse de mensajes, se convierten en espejo de lo que duele. Pero también me hizo darme cuenta de lo poco que se habla y se representa a las personas con discapacidad en estos discursos urbanos. Hablar de la ciudad sin hablar de accesibilidad es contar la historia incompleta. Es como mostrar una foto recortada, donde falta una parte esencial de la imagen.

Yo también habito esta ciudad. También tengo memoria, rabia, ternura, historias. También me enamoro, me enojo, resisto. Y aunque no puedo escribir en una pared tan fácilmente como otros, cada vez que salgo, cada vez que insisto en estar en espacios que no me invitan, también estoy dejando una huella. Mi cuerpo en la calle también es un acto político.

Poreso, cuando escucho decir que “la pared grita”, pienso que sí, grita por muchas cosas. Pero me pregunto si también grita por mí. Me gustaría ver

un mural donde alguien como yo esté retratado.

Leer en una pintada algo que diga “queremos rampas”, “queremos dignidad”, “también estamos aquí”. Porque las personas con discapacidad también somos parte de esta ciudad que resiste, que sueña, que se expresa.

Caminar la ciudad, para mí, es más que recorrerla: es desafiarla. Es reclamar el derecho a existir en ella con plenitud, sin tener que pedir permiso, sin tener que justificar mi presencia. Es decir, con cada vuelta de rueda, que yo también soy parte de este tejido urbano, y que mientras la pared grita, yo también lo haré. Porque la ciudad no es solo de quienes la caminan fácilmente. Es también nuestra. Y tenemos mucho que decir.



LA AUTODERENSA NO ES UN CRIMEN



¿Qué es lo que nos separa?

Laboratorio de Afectividades en Cuerpos parlantes



En Cuerpos Parlantes nos estamos reuniendo los viernes para un espacio-tiempo al que llamamos Laboratorio de Afectividades. Se trata de una serie de encuentros para poner en común preguntas acerca de aquellas emociones que organizan las relaciones sociales a nivel global. “Polarización” es ya un lugar común para explicar lo que ocurre en las plataformas digitales de redes sociales, donde evidentemente las emociones están siendo explotadas no solamente para monetizar nuestro tiempo en las plataformas, sino para orientar los discursos con los que se justifican y se niegan despojos y genocidios, pasando por el desprecio hacia otrxs.

Nuestro propósito ha sido entender de qué manera las emociones moldean nuestra forma de mirar el mundo, así como la organización de nuestros cuerpos en torno a narrativas que justifican la proliferación de fronteras y cercamientos: ¿Qué emociones nos fragmentan y nos inmovilizan? ¿Cómo aprendemos a odiar, a desconfiar, a temer la diferencia? ¿Qué emociones genera vivir en un país en crisis por las desapariciones forzadas?, son algunas de las preguntas que hemos puesto sobre la mesa.

Nos hemos apoyado de algunas lecturas para nuestro análisis, como el libro *La política cultural de las emociones* de Sara Ahmed, quien propone que sentimientos intensos como el odio o el miedo no son meras reacciones instintivas de nuestros organismos individuales frente a las amenazas que percibimos en el entorno, sino que provienen más bien de la circulación

de discursos que forman parte de estrategias para definir a los cuerpos y sujetos a los que se catalogará como amenazas para un sistema.

Ahmed centra su análisis en discursos públicos de grupos e instituciones que rechazan la inmigración, pero escuchamos este tipo de discursos que pretenden definir a los enemigos y los problemas también en los gobernantes que marcan a los consumidores de sustancias como la causa del narcotráfico y la violencia en el país, tal y como se le escuchaba decir al anterior presidente. Las emociones moldean nuestros cuerpos, dice Ahmed, lo que significa que nos disponen y nos orientan al contacto con otros cuerpos según nuestras propias “historias de contacto”, pero también por los discursos con los que se narran esas historias, según las cuales, por ejemplo, “los árabes son terroristas” o “los inmigrantes son peligrosos”.

Las emociones son nuestra conexión con lxs demás, pero es también en esas conexiones, en esas relaciones, donde nos hacemos personas. Es decir, venimos del común, más que juntarnos como individuos a hacer comunidad. Es por eso que Marina Garcés sugiere preguntarnos, más que cómo hacemos colectividad, ¿qué es lo que nos separa? Si venimos del común, ¿qué es entonces lo que nos fragmenta?

Teresa Caldeira, en una investigación antropológica, recopiló testimonios de residentes de la ciudad de Sao Paulo en los que constató cómo la designación de los otros como un peligro (los migrantes, los del otro barrio) circula en narrativas que justifican la segregación urbana e impulsan la edificación

de muros, tal como ocurre en Guadalajara en los barrios residenciales de los ricos. El “habla del crimen”, dice Caldeira, opera mediante la elaboración de prejuicios y la creación de categorías rígidas que asocian el peligro con grupos marginados, buscando eliminar ambigüedades y definir a los cuerpos que suponen una amenaza, así como explica Sara Ahmed. Una de las estrategias con las que se han llevado a cabo los apartheid en Sudáfrica, en Palestina y en todas las metrópolis que requieren de zonas de sacrificio para su “desarrollo”. Es también con el “habla del crimen” con la que se designan los barrios “peligrosos” que habrán de ser gentrificados, y que funciona además como estrategia de desplazamiento. Porque, ¿a qué temen exactamente los ricos y los estados militares?

Parte de la experimentación en el Laboratorio de Afectividades también ha sido pensar y compartir aquello que nos devuelve al común, es decir, la memoria de aquellas experiencias en las que aprendimos y reconocimos la solidaridad, el apoyo mutuo y la diversidad. Los eventos culturales, las protestas, los símbolos, aquello que nos ha conmovido a lo largo de nuestra trayectoria vital como las amistades, la música o las fiestas, para construir una cartografía de nuestros afectos, que nos permita reconocer aquello que potencia la vida en nuestra cotidianidad, pese a los muros, las distancias y los discursos de odio. Frente a los genocidios y los despojos.

Referencia de las lecturas de apoyo en el Laboratorio de Afectividades:

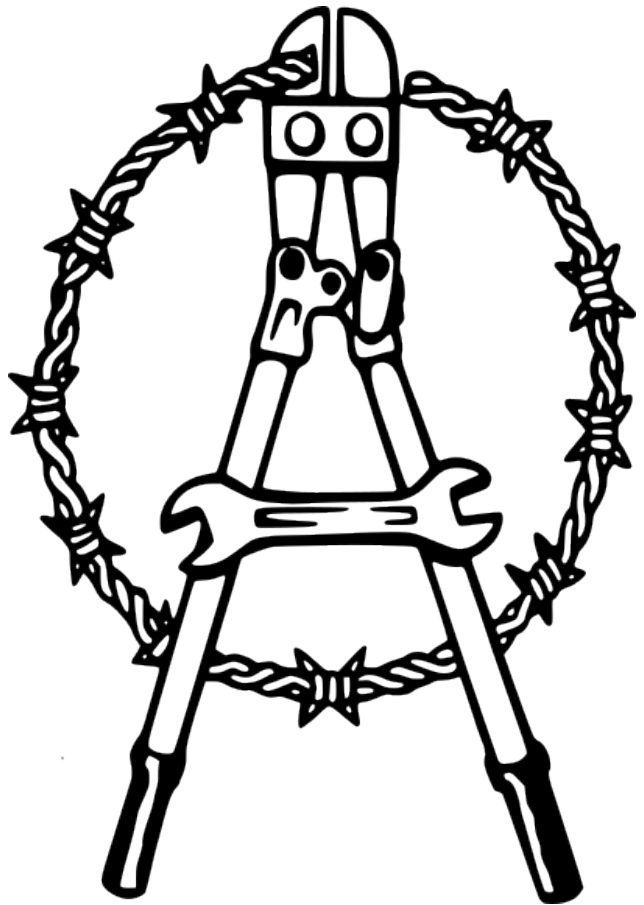
Sara Ahmed. *La política cultural de las emociones*.

Teresa Caldeira. *Ciudad de muros*.

Marina Garcés. *Un mundo común*.

*Si te interesan los textos puedes escribirnos a cuerposparlantes@riseup.net y te enviamos los links de descarga.

Sigue las actividades de Cuerpos parlantes suscribiéndote a nuestro canal de Telegram



Miséreere

João de Barro



El mate arreciaba, y la lluvia no daba tregua alguna. De vez en cuando ella se asomaba a la ventana solo para comprobar la fuerza del viento, que disparaba largos goterones de lluvia de norte a sur. La vieja casona parecía estar viva, a ratos se sacudía, como un perro mojado se sacude el agua o las pulgas. Sentía como si estuviera en el estómago de una bestia, luego sentía el palpitar de su propio estómago demandando, aunque fuera, un mendrugo de pan. Se servía otro mate, que parecía haberse puesto más fuerte, a pesar de estar ya tan lavado, y se olvidaba del hambre.

Las últimas dos cosechas habían sido un fiasco. Cuando los viejos aún estaban, nunca vió cosechas tan malas como las de los últimos dos años. El calor sofocante en verano, acompañado de una larga sequía que parecía no amainar; la lluvia

incesante en invierno que avanzaba inundando todo el predio, arrastrándolo todo, y llevando consigo todas sus esperanzas de tener algo que echarle a la tripa.

Las últimas dos cosechas habían sido un fiasco. Cuando los viejos aún estaban, nunca vió cosechas tan malas como las de los últimos dos años. El calor sofocante en verano, acompañado de una larga sequía que parecía no amainar; la lluvia incesante en invierno que avanzaba inundando todo el predio, arrastrándolo todo, y llevando consigo todas sus esperanzas de tener algo que echarle a la tripa.

La lluvia se arremolinaba sobre el techo de la casa. Una gotera se colaba por entre medio del zinc y las partes en que aún quedaban restos de tejas desechas. El agua siseaba al caer en contacto con la plancha de hierro caliente de la vieja cocina a leña. Los intervalos de la gotera se sucedían uno tras otro, en intervalos cada vez más cortos. Sin moverse de la ventana, para no perder el calor que tanto le había costado encontrar, buscó con la mirada un cazo de fierro fundido, de aquel juego de loza que los viejos usaban, y que sabía que aún sobrevivía. No lo vió por ningún lugar, luego, sin querer miró hacia afuera y lo divisó. Estaba junto al gallinero, volteado patas pa` arriba. Dejó su mate sobre la cocina, no fuera a ser que se le enfriara. Buscó el impermeable y se dirigió hacia la puerta.

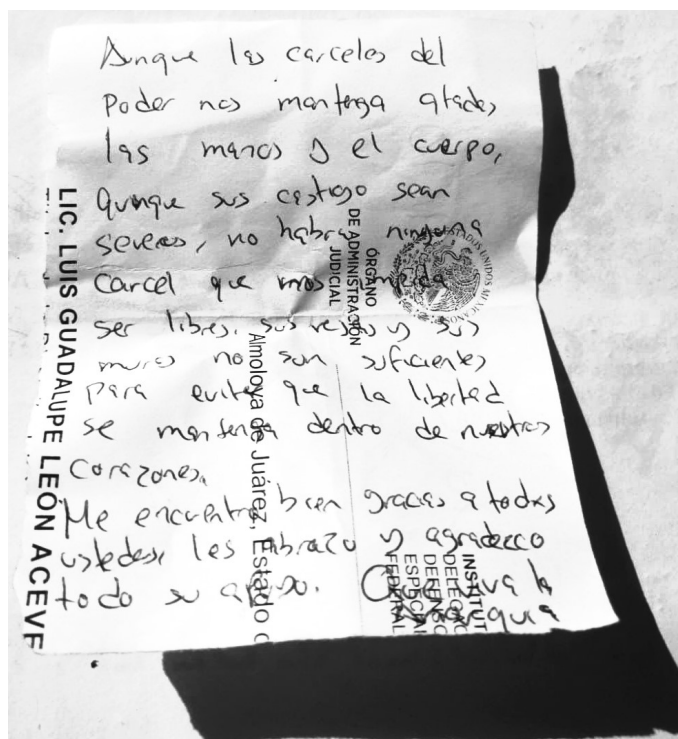
Al salir, de un salto tuvo que sortear un gran charco, y al caer, se enredó con una mosqueta. Mientras sacaba las varas espinosas de su pantalón, buscó ilusamente alguna rosa mosqueta que hubiese olvidado cosechar. Habría que ver la mata, pelada que daba pena de mustia y casi sin hojas. Aprovechó de consultar una zarza que estaba cerca, pero corrió la misma suerte. El suelo, seco en el verano; ahora se mostraba inflado a más no poder. La calidad de la tierra no era la de antaño, pues la capa superficial parecía una costra

enmohecida. En el gallinero, la imagen no podía ser más desoladora. El antiguo corral para aves, no era ahora más que un espacio vacío, lleno de plumas, manchones de mierda y con un suelo totalmente erosionado de tanto haber sido rascado por las gallinas que antes allí vivían. Recordar el último día en el que tuvo gallinas, le hacía sentir que el estómago le subía a la garganta, y que allí se le quedaba anudado. Fue directo al recipiente, intentando no recordar buenos tiempos, pero cuando casi llegaba, un viento tempestuoso la obligó a dar un par de pasos atrás. Intentando mantener los pies pegados al suelo, logró tomar la olla por las orejas y levantarla con ambas manos. La lluvia, impetuosa, le golpeó la cara, y mientras se colocaba como podía la capucha del impermeable, el viento nuevamente volvió a rugir, y la desplazó unos centímetros más hacia atrás. Escuchó un crujido, como de mil huesos quebrados por una bestia en un festín de sacrificio. Creyó oírlo dentro de sí. En un acto naturalmente instintivo se palpó las costillas, para confirmar que el viento no le había perforado las entrañas.

El vendaval volvió a exhalar, como si Eolo hubiera agarrado un resfriado, y lanzara horribles estornudos contra la tierra. Esta vez, se dió cuenta de que la tronadura provenía de su casa. No alcanzó a dar un par de pasos, cuando el viento bufó más fuerte que las veces anteriores; por lo que tuvo que dejar la olla en el piso, e hincarse de rodillas para proteger su cuerpo de la violencia con que el agua le golpeaba por el costado. El crepitar de los platos al interior de la casa le hizo alzar la vista, pero la tempestad no la dejaba salir de su posición. El chirrido de las vigas astillándose le erizó los pelos. Aunque sabía que aquel horrible sonido venía de su casa, no podía evitar sentir que todo aquello venía de adentro suyo, aquel espacio que desde pequeña habitara, representaba para ella lo que representa el caparazón para un caracol.

Intentó con todas sus fuerzas ponerse de pié, pero el viento y la lluvia la empujaban hacia abajo y hacia atrás, como si la quisieran proteger de una tragedia. Permaneció quieta y expectante, hija del viento y la lluvia, mecida por sus toscos brazos, aguardando en el lodo frío y arrugado la sentencia del tiempo. En menos de lo que canta un gallo, su casa se vino abajo. El vacío que dejó en el paisaje, le provocó un mareo, un nudo en el estómago y una ligera sensación nauseabunda que intentó no confundir con el hambre. El viento se detuvo un poco, la lluvia seguía de norte a sur, y los escombros humeantes que ahora componían lo que hubiera sido su casa, parecían un espejismo. Se puso de pié. Caminó hasta el gallinero, sin quitar la vista de los escombros, y buscó refugio debajo del techo oxidado. Halló un poco de paja seca y la acomodó en un rincón. Se sentó encima de la paja, y se dió cuenta de lo carcomido que estaba el fondo de la olla, y que por lo tanto, ya no le servía para nada.





Aunque las cárceles del poder nos mantenga atadas las manos y el cuerpo, aunque sus castigos sean severos, no habrá ninguna cárcel que nos impida ser libres, sus rejas y sus muros no son suficientes para evitar que la libertad se mantenga dentro de nuestros corazones.

Me encuentro bien, gracias a todos ustedes, les abrazo y agradezco todo su apoyo.

Que viva la anarquía.

Palabras de nuestro compañero
Shevek, Enero 2026



La Maraña se terminó de imprimir a finales del invierno 2026.
Te invitamos a colaborar enviando textos, poemas, gráfica, fotos,
collage o lo que quieras compartir

a nuestros correos:

lamarana1312@gmail.com

o

lamaranada@riseup.net